

Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

5 rs. por trimestre en Madrid, Administración, Jardines, 11, librería.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

Este Almanaque, escrito por nuestros mas distinguidos escritores, se publicará en diciembre próximo, y se regalará á todos los suscritores actuales que renueven su suscripción antes de terminar el citado mes, y á todos los que se suscriban por tres meses, lo mismo en Madrid que en provincias. Estos remitirán al pagar su suscripción un sello mas por el porte del Almanaque. Contendrá infinidad de noticias curiosas, y procuraremos en él hacer rein á los lectores.

ANUNCIOS EN EL ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

La gran publicidad que tiene este periódico y el precio que pondremos al *Almanaque cómico*, nos permiten asegurar á los anunciantes que los anuncios que se inserten en el mismo serán leídos por mas de 24,000 personas. Hemos fijado la tirada en 30,000 ejemplares.

Se reciben anuncios de Madrid y de provincias para insertarlos en el *Almanaque cómico*, á medio real línea, en la ADMINISTRACION DE EL CASCABEL, calle de Jardines, núm. 11, librería, desde hoy hasta el 24 de diciembre inclusive.

ADVERTENCIA.

Los señores comisionados y libreros de provincias se servirán remitir el importe de las suscripciones que tienen avisadas; desde el número próximo no serviremos las suscripciones que no estén pagadas.

Los señores suscritores cuyo abono concluye en este número, se servirán renovar lo si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

Agotados los seis primeros números de EL CASCABEL, los estamos reimprimiendo, y ya tenemos en nuestro poder el 1.º, 2.º y 3.º, y tendremos pronto el 4.º, 5.º y 6.º. Se lo avisamos á las personas que desean tener la coleccion completa,

CASCABELES.

Un periódico anuncia que ha llegado á esta corte un señor Brutin, profesor de esgrima de primera clase.

Ni la llegada, ni el apellido, ni la clase, primera del profesor, tienen nada de particular, y creemos firmemente que es un tirador eminentísimo.

Pero lo que nos pone en cuidado, es lo que añade el mismo periódico: dice que el señor Brutin viene como salió del acreditado maestro don José Carbonell. Esto es atroz, caballeros, y es de esperar que este último señor se apresure á rectificar la noticia; pues

no querrá que se crea cierta la salida del señor Brutin tal como la anuncia el imprudente periódico.



Con el derribo de la esquina de la calle de Peligros, justifica esta calle su nombre. Allí van á morir á cascotazos muchos cristianos.



Desde la llegada de la Patti, de los aparatos fotográficos no salen mas que PATTIS!

Parece que el señor Castelar vá á publicar un periódico. ¡Chim! ¡chim! ¡chim! Deberia llamarse *El Bombo*.

El señor Romea ha puesto en escena la comedia de nuestro teatro antiguo *Amantes y celosos todos son locos*.

No hay para qué decir que esta comedia se ha representado perfectamente, y que el señor Romea, el primero de nuestros actores, ha conseguido un triunfo en ella.

La *Correspondencia* nos dá una importantísima noticia, la de que un camisero de esta corte ha regalado una bonita camisa y unos bonitos gemelos al autor de una novela que se publica ahora, en la que se hace mención honorífica del camisero.

¿Quién ha dado para su publicación tan importante noticia á *La Correspondencia*, el autor de la camisa ó el de la novela?

Los jamones que se venden en las salchicheras de Madrid son de lo mas rico y sabroso que se conoce, y se los recomendamos á nuestros lectores.

Esperamos que cada salchichero nos mande un jamon, que nos vendrá muy bien, porque andamos delicaditos y necesitamos tomar buen caldo.

Dice *La Correspondencia*:

«El emperador de los franceses desea ver un acoso y derribo de vichos bravos, y al efecto ha encargado al marqués de Villafranca que vea el modo de que vayan á Paris cuatro ó seis personas á propósito para esta diversion, la cual se llevará á cabo muy pronto.»

¿Qué es esto, caballeros? ¿A quienes se vá á acosar y derribar? ¿A los vichos ó á las personas á propósito para esta diversion? Mucho dudamos que haya personas que se dejen acosar y derribar así como se quiera.

Está haciendo furor en Ancona la señora Gonetti, cantante que, segun aquellos periódicos, es una estrella de primer orden que asoma en el horizonte musical.

Aconsejamos al señor Bagier que nos la traiga por acá, y suba un par de pesetillas el precio de las localidades, que á todo estamos dispuestos los madrileños cuando se trata de proteger la ópera italiana.

Ya se anuncia la apertura del curioso, moral y entretenido espectáculo de las riñas de gallos en el circo de Recoletos.

Nos parece bien.

Parece que algunos camiseros de esta corte, que se creen tan buenos camiseros como el citado en la novela de que hablamos mas arriba, piensan encarar otra novela en que se citen sus establecimientos.

Si dan con cada entrega de la novela una camisa, les auguramos gran número de suscripciones.

Pues señor, he aquí que por medio de la electricidad, y por un sistema que se ha explicado tan bien que no lo he comprendido, los hombres podrán comunicarse de un punto á otro por la palabra.

Dice usted una en Madrid, y se repite en Barcelona. ¡Admirable resultado de la ciencia!

Y habia quien estrañase que M. Bagier hubiera tomado bajo su direccion los teatros de ópera de Paris y Madrid.

Todos los teatros de Europa podrá dirigir con el nuevo sistema un solo empresario.

Mas aun, la ópera cantada una noche en Madrid podrá repetirse en todos los teatros del mundo. Bastará, pues, para el mundo una sola compañía de ópera, y los cantantes podrán cobrar un sueldo equivalente al que tendrían si pudieran tener cada año tantas escrituras como teatros.

La Patti cobraría dos ó tres milloneros diarios.

Para que las óperas se oyeran en los demás teatros, bastaría colocar en el teatro central hilos eléctricos que llevaran al público reunido en los demás la fermatta de la prima donna, las cadencias del tenor y el andante del barítono.

Pues, ¡y en la vida privada!

Porque pronto cada vecino tendrá en su habitación su aparato eléctrico, lo cual será muy cómodo.

—Laura, preguntará el amante, ¿tiene usted el hilo?

—El qué? preguntará Laura á su vez.

—El hilo eléctrico, responderá aquel; si lo tiene usted mañana, mientras su esposo de usted duerme la siesta, hablaremos con la ayuda de los dos aparatos.

¡Oh progreso de la ciencia! el siglo diez y nueve inventará los maridos engañados eléctricamente.

El señor Ferrer de Couto, de quien no oíamos hablar hace tiempo, porque no está en Madrid, que si estuviera, todos los días nos hablarían los periódicos del señor Ferrer, vá á publicar una obra satírica que se titulará *¡Qué país!*

En esta obra no se refiere á España, como podría creer el lector, sino á los Estados-Únidos.

Por supuesto que el señor Ferrer sirve para todo menos para escribir una obra satírica, para lo cual tiene tanta gracia como la que tendría el señor Fuente Alcázar, que es uno de los hombres que sa-

ben mas en este siglo (¡claro! no ha de ser en el pasado, en el que no existia, ni en el próximo, en el que ó no existirá, ó será un vejete muy viejo, por desgracia nuestra; es decir, por desgracia de nuestros hijos y de nuestros nietos).

Solucion de la charada inserta en el número 8.º

Tu charada me ha gustado; de mi vida en el albor tuve por novio un señor don Ramon muy moderado.

Una señora de esta corte.

Un periódico político llamaba el otro dia detestable literato al marqués de Molins.

¡Qué atrevimiento! Qué dirán los extranjeros cuando vean lo que se dice de un académico de varias academias, ex-ministro, senador, y uno de los personajes de mas campanillas de España?

Si no es verdad que sea detestable literato, ¿cómo se atreve á decirlo un periódico?

Y si es verdad, ¿cómo el señor marqués de Molins es tenido por un sabio y un poeta de primera fila, y un político de los mas empingorotados?

Hemos leído, en algunos periódicos que se va á dar una plaza en la Biblioteca á nuestro amigo, el popular poeta don Ventura Ruiz Aguilera.

Ya hace tiempo que se la debieran haber dado. Vergonzoso es que se haya sujetado á un espejismo, á quien tiene dadas pruebas de que para desempeñar ese y otros cargos de mas importancia, tiene sobrados conocimientos.

Aplaudiremos ese nombramiento, que recae en un escritor distinguido, y mas distinguido por su modestia y sus buenas prendas.

Un caballero calvo que tenia un magnífico bulto en la cabeza, peluca se compró, que así queria disimular la prominencia impia que prodiga le dió naturaleza; de este modo logró tapar el bulto, mas le abultaba mas el bulto oculto.

En el mundo, lectores, mas abultan ciertas cosas cuanto mas se ocultan.

El piso de asfalto de la Carrera de San Gerónimo y de la calle del Principe está tan resbaladizo, en cuanto se humedece un poco, que los caballos de los coches caen y se estropean, con gran contentamiento de los ociosos que van á presenciar tan curioso espectáculo.

Nos parece que los que hayan mandado poner asfalto en sitios tan públicos, deberían haberlo ensayado antes en sus alcobas y gabinetes corriendo sobre él cinco ó seis horas diarias.

¡Qué piso tan bonito y tan sólido! Y qué Ayuntamiento el de Madrid!

A la empresa del asfalto no le gustará este sueldo, pero ni á nosotros, ni al público, ni siquiera á los caballos gusta su asfalto. —Váyase lo uno por lo otro.

Solo le gusta al Ayuntamiento, que tiene bien acreditado que carece de buen gusto.

El señor Lopez presentó hace algunos meses en casa de doña Dolores á un señor de porte decente, de quien dijo aquel que era un hombre apreciableísimo bajo todos conceptos.

Poco á poco el amigo presentado por el señor Lopez fué conquistando á la hija de la casa.

La niña dió parte de esta novedad á su mamá, y la mamá trató de tomar informes del novio, preguntando al señor Lopez.

—Mi amigo es ni mas ni menos que lo que es el duque de Sevillano, contestó el señor Lopez.

Y ya tienen ustedes locas de gozo á la mamá y á la niña; la mamá instó á su hija para que esta instara á su vez al novio, y le hiciera declararse novio de solemnidad y pedir su mano; hizolo así la niña, y el novio pidió y obtuvo incontinenti la codiciada mano, que le dió sin mas averiguaciones la pobre cita hace quince dias.

Ocho dias despues, la niña pidió á la mamá un duro para la compra.

—Pues ¿y tu marido? dijo la suegra.

—No tiene dinero.

—Pues no es otro Sevillano?

—Sí, señora, es teniente retirado como Sevillano, y cobra como el famoso banquero diez duros al mes.

El señor Solans nos ha remitido unas poesias que con el título de *Brisas del Turia* ha publicado. Hay en este libro algunos buenos rasgos y pensamientos delicados, pero el autor debe estudiar todavía mucho en los buenos modelos. Perdona la franqueza y siga el consejo, que le será útil, si quiere dedicarse á las letras.

Don Benito Pantoja el jueves se casó con una coja. El pie de que una cónyuge cojea no mas que así es posible que se vea.

Leyendo á Ayguals de Izco, un hombre muy sesudo quedó vizco. Y dirán que las obras de este autor no hacen un gran efecto en el lector!

Al salir del Congreso un cesante infeliz se quedó tieso. Ciertas constituciones no pueden soportar las discusiones.

La Patti se marchará con viento fresco antes de Navidad, y parece que vendrá á Madrid en su lugar la señora Lagrange, tan aplaudida el año anterior.

El señor Bagier debe subir un par de reales mas las localidades con tan fausto motivo, ya que el Gobierno se lo consiente y el público lo paga.

Por salir á deshora un mal encuentro tuvo una señora. Eviten cuanto puedan las salidas las mujeres de sexo y prevenidas.

En la calle del Oso me llamaron ayer, lector, hermoso. De estas anomalías hallarás en Madrid todos los dias.

Ya no vá á haber solo casamientos por amor, por conveniencia, por dinero, sino tambien por higiene, porque la *Ilustracion* inglesa prueba con cifras auténticas que los casados viven mas que los solteros. Esta es una desgracia mas, dirán algunos casados.

CHARADITA.

Primera, tercera y cuarta es una persona ruin, y á ningun hombre decente podemos llamarle así; y aun siendo cosa tan fea nos gusta mucho en Madrid, y si hay á quien no le guste, le llamo yo marroqui; la segunda repetida, si quieres podrás oír yendo cerca de una música á pasear por ahí; tercera y primera llamo á cualquiera chiquitín; la cuarta no me la dá ninguna señora á mí, que estoy fuera de combate, y me alegro, ¡voto al Cid! es gente de poco pelo y de muy poca nariz; tercera y cuarta; y á mí todo pocos dias hace vi, y es de un feo muy subido y de una facha muy ruin, y le hemos zurrado ya la badana en su país.

Al señor Alonso, antiguo administrador de *La España* y gobernador hoy de Málaga, le han dado la gran cruz. Corriente.

Los demócratas de Barcelona han regalado al señor Castelar un libro de memorias, en cuya tapa

se vé un gorro (janda, anda, un gorro!) frigio y todo, y el famoso lema ¡Libertad, igualdad y fraternidad!

Para estos frios le será muy conveniente el gorro; las memorias no las necesita, porque él tiene mas memoria que la que le pueden dar. Y si no, ¡léanse sus discursitos!

Por mirar á Adelina, la artista que nos hace tan felices, se rompió las narices el señor don Miguel contra una esquina. Nunca podrá temer tal accidente el que no se entusiasma fácilmente.

Anunciaba el otro dia la *Correspondencia*, que se regalan veinte acciones de una sociedad de crédito, que «tienen desembolsado el 25 por 100, ó sean 10,000 rs., que se abandonan al que las tome.»

Nos parece bien: el crédito de las sociedades de crédito, es una cosa pasmosa.

Mucho hay que hablar de esto, y *EL CASABEL* tiene ya encargada de esta importante cuestion á persona muy competente, y capaz de decir la verdad á quien no la quiera oír.

EL MÉDICO.

Quien lea el epigrafe de este artículo en un periódico festivo como *EL CASABEL*, creará que vamos á reproducir los infinitos chistes desgraciados, las ridículas anécdotas que se han escrito en todos los tiempos en contra de los médicos.

Pues nada menos que eso; aunque *EL CASABEL* es periódico festivo, aunque la sátira es su principal objeto, no se atreverá nunca á emplearla en poner en ridículo lo que es digno de todo respeto y de la mayor consideracion.

Despues del sacerdote, á nadie debemos mayor respeto y mas profunda consideracion que á los médicos; ninguna clase es mas digna de premio, y pocas hay, sin embargo, tan mal recompensadas en España.

La vida del médico es una vida de abnegacion y sacrificios.

El médico ha de poseer todas las virtudes, ha de tener todos los valores, ha de practicar siempre aquel divino precepto que nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, y aun ha de amar mucho mas al prójimo que á sí mismo.

Todas las carreras tienen mas porvenir, mas galardón que la del médico, aunque por otra parte, este puede obtener el mayor galardón que hay en el mundo, el que no se compra ni nadie lo puede dar, el de la conciencia satisfecha de haber hecho bien á la humanidad. En esta, como en todas las profesiones, hay hombres indignos de tan sagrada mision, pero de estos no queremos hablar, y por fortuna para la clase, podemos decir que son los menos. Los mas son modelos de honradez y de caridad y de desprendimiento.

Y la mayoría de estos hombres, que han empleado mucho tiempo y mucho dinero en seguir tan penosa carrera, que no dejan de estudiar un solo dia, que gastan pronto su vida en el estudio y el trabajo, vive pobre y hasta trabajosa y miserablemente, y muere dejando, cuando la pueden dejar, una mezzuina herencia á sus familias.

Y al mismo tiempo vemos hombres que no son médicos, ni abogados, ni nada, ni han estudiado en mas escuela que en la de la desvergüenza y la osadía, alcanzar grandes posiciones y vivir sobre el país, pesando sobre él casi como una epidemia.

Y médico habrá que tenga sesenta años y seis hijos, y gane 6 ó 7,000 rs. anuales en un pueblo.

La vida del médico de partido es una vida deliciosa.

Y en algunos partidos, la vida del médico es una muerte que dura lo que la existencia del médico.

El médico del pueblo es el criado de todo el pueblo, es el responsable de todas las muertes y desgracias que ocurren en su jurisdiccion, y está siempre á merced de todos desde el alcalde hasta la tia

Cochin
clavo

Lenteja, que tiene noventa años, y la sacan todos los días en un esporton al sol...

Si el médico no asegura bajo juramento que un moeton como un castillo que ha entrado en quinta, padece una tisis en tercer grado...

El médico de pueblo tiene que ser hombre político, es decir, tiene que esponer su opinion, ó mas bien asimilarla a la de la mayoría de la gente de viso del pueblo...

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

El Caballo blanco.

(Continuacion.)

Un dia fui a requerir a una marquesa para que pagara unas costas, y en vez de cumplir con mi oficio, la dije muy serio: «Señora, usted tiene mucha gracia...»

Otra vez, a un promotor fiscal muy respetable que fué al juzgado como hombre bueno de otro respetable señor, le dije: «Es preciso que haga usted su salida con Los celos del tío Macaco...»

Otro dia fui a hacer un embargo a casa de un cesante, y apenas vi salir a este, sin saludarle siquiera, le dije: «Amigo mio, es preciso que al momento ponga usted en estudio la comedia nueva El año del hambre...»

sabe dirán: «¿Qué médico es este que no sabe esas cosas?»

Y si hay barbero en el pueblo, tendrá que oír que hay quien le proponga que celebre con aquella una consulta sobre el tabardillo de la tía Lamparilla, ó la gastritis del hijo del escribano.

En suma, los médicos de los pueblos están mal pagados, mal tratados y poco considerados.

El médico militar está tambien mezquinamente retribuido y mal tratado. Los médicos militares, sin dejar de exigirles obediencia completa en el cumplimiento de sus deberes, debian estar mas considerados de lo que lo están.

En la guerra, el médico militar merece indudablemente el primer lugar; entonces no es solo médico, es soldado tambien, y es mas que todo eso, es la providencia para el enemigo herido y vencido que a él se entrega.

En tiempos de epidemia, el médico, como el sacerdote, no puede ser cobarde, no puede posponer el extraño a su familia, porque entonces él es el padre, el consuelo, el único amparo de los que sufren, y de los pobres.

De esperar es que los gobiernos comiencen a atender con mas empeño, en honra de la nación, a tan respetable clase, estimulando de todos los modos posibles a los que mas se distinguen por su ilustracion, por sus obras y por su caridad para con el pobre, y no olviden tampoco a los médicos de partido, que por su modestia y por su abnegacion, como

dientes, y quiso vengar la burla, probando en mi cabeza el temple de un sable de caballería, que conservaba como glorioso recuerdo de la época en que habia sido cabo de carabineros.

Es probable que si hubieran pasado dos meses mas, en lugar de venir a ser caballo blanco, hubiera venido a parar en una casa de Orates.

Pero un dia, al volver de acompañar al ensayo a la pecadora Adela, vi a la puerta de una lotería un cuadro, en cuyo centro se destacaba el número quince mil y tantos, premiado con 50,000 duros, é igual a otro que yo tenia impreso en un billete de la moderna.

Di un salto que creo que llegué al piso segundo de la casa de la lotería; corrí al juzgado, donde estaban mis compañeros de suerte, y aquella misma tarde me despedí con el alma agradecida de la casa de la justicia, decidido a vivir de mis bienes y a asegurarme la vida con los 10,000 duros que me correspondian, como uno de los cinco poseedores del número favorecido.

Los demás siguieron en sus oficios respectivos, y hoy tienen hecha su fortuna.

Yo corrí al teatro, impaciente por decir a Adela y a todo el mundo que era dueño de 10,000 duros, y me perdí, amigo mio.

Los individuos de aquellas compañías dramática y coreográfica eran todos grandes metopóscopos, porque habian conocido sin duda por mis facciones mis inclinaciones.

Hacia falta un caballo blanco, y yo fui este animal, con perdon de usted.

Y si no le cansa mi relacion, referiré a usted, con todos sus detalles, lo que pasó por mí y por lo que yo pasé durante esa época fatal de mi vida.

por los grandes servicios que prestan a los pueblos donde residen, son dignos de no mezquina recompensa.

Cuando vemos en nuestros poetasis y en los de todo el mundo, y en el teatro, que se pretende ridiculizar a tan respetable clase, nos avergonzamos de que haya quien lo celebre y lo aplauda.

Ridiculídense las necias pretensiones y la estúpida soberbia de tanto farsante como encontramos por ahí, considerados por su osadía y temidos por su descaro; ridiculídense la empleomanía, ridiculídense la vanidad y la desfachatez, la incredulidad y otros muchísimos vicios que son una verdadera epidemia en estos tiempos.

Ridiculídense esos charlatanes que hacen el mas asqueroso comercio de la medicina, que comprometen la salud y la vida de los crédulos, con remedios que nada valen, y cuyo valor negativo conocen ellos perfectamente; pero respetemos a los que con legitimo derecho, con grandes trabajos y sacrificios ejercen el alto sacerdocio de la ciencia.

POBRE PRIMO!

Antonio Sanchez, pintor de no escaso mérito, entra en su casa despues de haber pasado tres ó cuatro dias fuera de ella.

Pasa silbando por delante del portero, que levanta la cabeza y le detiene diciéndole: «¿Cómo? ...»

—Gracias a Dios que se le vé a usted el pelo, amigo.

—¡Hola! señor Pedro. ¿Han traído algo para mí?

—¡Vaya si han traído! sí, señor; el cartero ha traído ya tres ó cuatro veces una carta certificada para usted.

—Y, ¿dónde está esa carta?

—¡Toma! el cartero la tiene.

—Pero, ¿por qué no la tomó usted?

—Porque dijo que no la podía dar si no le daba usted recibo... Claro, como que es una carta certificada.

—¿Certificada ha dicho usted? ¿Una carta certificada!

Consumatum est.

Pues como decia, corrí al teatro deseoso de anunciar a Adela mi fortuna loca, pero me hallé desagradablemente sorprendido con la novedad de que por indisposicion de una actriz no podia verificarse la funcion anunciada para aquella noche. A la puerta del teatro habia algunos grupos, y en ellos descubrí varios de los profesores de la orquesta, que todos los músicos son profesores, —el copiante, cinco ó seis asistencias, algún bailarín, el alumbrante, los recibidores de billetes, y tres ó cuatro partes de por medio, es decir, actores de esos que salen a decir: «¡La sopa!» «El coche está a la puerta» «S. E. no recibe», etc., etc. — Todos hablaban a un tiempo, y con gestos y ademanes, poco artísticos en verdad, demostraban estar dispuestos a realizar algún proyecto anteriormente decidido. Creí un momento que aquella buena gente intentaba algún golpe de mano contra el gobierno y las instituciones, y que lo que se disponia a hacer era emprender por esas calles de Dios a tiros y palos, ó formar una barricada a la puerta del templo de Talía; y esta creencia mia no era enteramente infundada, puesto que, como he tenido ocasion de observar, el sexo feo del teatro es un poco dado a intervenir en motines y asonadas, y a manifestar su patriotismo con vivas y mueras y otras voces subversivas, sienpre que se le presenta ocasion. — Permanecí perplejo un instante, y no sé si yo, que tan pacíficos instintos habia adquirido en mi juzgado de paz, me hubiera resuelto a acercarme a los grupos, si uno de los músicos, que me conocia ya, no se hubiera llegado a mí y tomado la molestia de explicarme lo que ocurría.

—¿Cómo no hay funcion? le pregunté.

—¡Funcion! ¡Buena funcion se vá a armar luego! me contestó, probando a encender en mi magnifico habano un cigarrillo de a cuarto, lo menos, mas insensible a la accion del fuego que una piedra de Colmenar.

(Se continuará.)

—A las doce ha dicho que volverá...
 —Pues, no deje usted de avisarme.
 Sube Antonio a su habitación, quinto piso, con entresuelo, y dice el siguiente monólogo:
 —Una carta certificada... ¡Cosa mas rara! Y lo peor es que el cartero, no viene hasta las doce, ¡y acabo de oír las diez en el reló de la Trinidad!... ¡Dos horas de espera!... Y decir que tengo carta certificada yo... ¡Yo! que no me atrevo a volver a casa de día, ni aun de noche tampoco, de miedo de romperme las narices en la escalera con otros tantos ingleses!... Vamos, ¡es para volverse loco!... ¡Uf! ¡qué calor hace!... Abramos la ventana... Pero, cuanto mas me devano los sesos, menos comprendo de dónde me pueda venir la tal carta... ¡Y ese animal de portero, que ni siquiera se le ocurrió preguntar de dónde venía!... Vamos a ver, recapitulemos... ¿Quién me puede mandar a mí una carta certificada? Para que la carta se haya certificado, es preciso que contenga valores... ¿Quién lo duda!... ¡Si será del tío Pablo, el de Carmona? Sí, que si quieres... ¡Ya iba el pobre a mandarme dinero, cuando me pedía prestados cinco duros hace quince días!... ¡Ah! ¡ah! viene el cartero!... ¡Cá!... ¡no es él, es un empleado del camino de hierro... ¡Qué! ¡si hasta las doce no puede venir el cartero!... ¡Dios mío! Ahora recuerdo que un primo de mi madre se fué a América, no sé a qué punto, hace ya muchos años... ¡Si fuera suya la carta!... Pues, ¿quién lo duda?... Es suya, es suya, como dos y tres son cinco... ¡Como que todos los que van a América se ponen ricos, y luego se mueren, dejando miles y miles a algún primo ó sobrino de por acá!... ¡No pasará en que no se cuente un caso de este género!... Pues, señor, no hay mas; esto es lo que ha sucedido... ¡Pobre primo!... Morir tan joven!... ¡Lo mas que tenía... lo mas, serian cincuenta años!... Pues, lo siento de veras, ¡y eso que no le habia visto en mi vida!... Pero eso, ¿qué importa?... la voz de la sangre me habla muy alto en estos momentos... ¡Pobrecillo! ¡y qué buen chico era!... Un poco travieso y atolondrado, eso, sí; por eso le mandaron a América... Y allí, es claro, al verse separado de su familia, solo al otro lado del mar, reflexionaría, volvería en sí, se dedicaría con ahínco al trabajo para borrar sus pasados errores... y todo, ¿para qué?... cuando ya era rico, cuando ya podía decir: «Lo que tengo, lo he ganado con el sudor de mi frente,» se muere... ¡esa sí que es desgracia! ¡Que la tierra te sea level amado primo... No tengas cuidado, yo escribiré tu biografía y la pondré en los periódicos con un filete negro... yo honraré tu memoria. ¡Lláman!... ¡Adelante!
 Y entra el casero, diciendo:
 —No es mala suerte encontrar a usted, don Antonio.
 —Cuánto me alegro de ver a usted, señor don Crispín. Tome usted asiento... cúbrase usted... Nada, nada; si no se cubre usted y se sienta, me salgo fuera.
 —Ya estoy cubierto y sentado; pero, ¿dónde anda usted, don Antonio? Hace tres días que no ha parecido usted por su casa.
 —Ay, amigo mío! tengo trabajos importantísimos.
 —Vamos, me alegro... ¿Conque se trabaja mucho...
 —Oh! ¡Usted no puede formar idea!
 —¿Y en qué se ocupa usted?
 —¿Cómo! ¿Pues qué ignora usted que soy pintor; que el Gobierno me va a pensionar con doce mil reales, y que además me ha encargado los retratos de todos los ministros que ha habido en España?
 —Cáspita!... ¡Pues eso ya valdrá monises!... ¡Y como cuanto tardará usted en hacer esos retratos?
 —¿Quién puede decirlo!... Sin embargo, como me conviene terminar cuanto antes para marchar a Roma, trabajo hasta de noche.
 —¿Qué! ¿pinta usted de noche?
 —Como usted lo oye... Gracias a que el Gobierno ha mandado poner a mi disposición un aparato de luz eléctrica.

—Y diga usted, señor don Antonio; ¿no podría usted darme esos cuartos?...
 —Hoy mismo, ó mañana. Espero a cada momento al cartero, que tiene para mí una carta certificada, que no puede entregar sino mediante mi recibo.
 —¿Será sobre alguna herencia?
 —Precisamente; un primo mío que acaba de morir en el Perú.
 —Dios le haya perdonado.
 —Aseguro a usted que tengo un sentimiento...
 —¡Vaya! pues yo dejo a usted, don Antonio, porque en estos momentos sería inoportuno tratar...
 —Tiene usted razón. ¡Pobre primo! Crea usted que estoy aturdido, que no sé lo que me pasa, que me faltan fuerzas para resistir este golpe... Cuidado, no se rompa usted algo en la escalera.
 Vase el casero, y el pintor sale a su azotea, enfrente de la cual hay otra, y en ella, haciendo como que cose un calcetín y mirando a la del pintor, está una guapa muchacha.
 —Buenos días, Elvirita, dice el pintor.
 —Dichosos los ojos que le ven a usted, contesta Elvirita.
 —¿Si viera usted qué triste estoy!
 —Pues, ¿qué le ha sucedido a usted?
 —¿Qué ha de ser? que se me ha muerto un primo, que era el pariente a quien mas quería.
 —¡Pobrecito! Dios le tenga en su gloria.
 —Sí, hija mía, se ha muerto nombrándome su heredero universal. Pero no importa; su muerte ha sido para mí un golpe cruel.
 —No hay cosa mas natural.
 —Por eso necesito distraerme. Diga usted a su mamá y a su hermana que quiero llevar a ustedes a comer a Carabanchel.
 —¡Ay! ¡bueno!... Pero, ¿y si no quieren?
 —¡Si querrán!... ¡Si usted se lo dice, verá como vienen! Estoy tan triste que necesito distracciones inmediatamente.
 —Pero sí...
 —Si es cierto que me quiere usted, hágalo.
 —Bien; pues se lo voy a decir a mamá... ¿A qué hora nos marcharemos?
 —Dentro de una hora vendrá el cartero; conque prepárense ustedes para las doce y media.
 —Hasta luego, Antonio...
 —¡Hasta luego, luz de mis ojos!... ¡Cuanto la quiero!... Sí, sí; iremos a Carabanchel, y comemos allí... Pero no volveremos tan pronto. Quiero ver si alquilo una casita muy mona por allí... Si Salamanca quiere venderme una de las suyas... Haré que vayan a verme todos mis acreedores, y les pagaré hasta el último ochavo... A fé de Antonio que me caso al instante con Elvira... Su madre consentirá... ¡Tonia, ya lo creo, no faltaba mas!... ¡Qué vida vamos a pasar!... ¡Cá, ni en el Paraiso!... ¡Fuera apuros! ¡fuera deudas ó ingleses!... ¡Y pensar que tanta felicidad se la debo a mi pobre primo!... ¡Ah! ¡No se pasará día sin que le recé un Padre nuestro!... Ahí está el cartero; ¡viva!
 Saló a la escalera.
 —¡Oiga usted, cartero!...
 —¿Quién llama?
 —Soy yo; aquí en el quinto piso. —¿No tiene usted una carta para mí?
 —Sí, señor; certificada. —Aquí la tiene usted; venga el recibo.
 —Ahí está; y además dos reales para un vaso de agua. (¡Eran los únicos que me quedaban!) ¡Ah! también me queda este habano; fúmeselo usted a mi salud. ¡Toma! ¡se me olvidaba lo mejor! cuando tenga usted un rato de lugar, le haré su retrato al óleo... Y mire usted, al pasar, hágame usted el favor de decir al portero que me suba el recibo de la casa... Quiero ir orillando mis asuntos; porque a las doce y media me marchó a visitar mi casa de campo.
 Antonio, despues de titubcar un rato, abre por fin la carta y lee:
 «Caiz 23 de novi Embre de 1000863.
 Mía dorado Antonio, malegraré cal recivo D esta te

ayés con la cabá saluz que yo para mí de Seo...
 Pues esta se irige a qué pasoa icilte que hó sabio que Andas mu yentrete Nido en esa hacienda D las tullas; yo no te orvio pó reso, pero te pevengo que lá mugu Er cuando Ama como llo, es capa z de todo —no te dí gomaz. Te mando mi RetraTo en tarjea que me lo an écho, y para q eno sepiérdá cirTifico, la presen T, y qon esto dá espresionés á los que preg Unten por mí y tuno orvides ques tullo el qon racon de tu Juana Pingajo.»

EPÍLOGO.

Un caballero se presenta en la puerta, y dice:
 —Me dirá usted si es en este cuarto donde vive don Antonio Sanchez?
 Antonio, volviendo en sí, contesta:
 —Servidor de usted.
 —Querido primo del alma! ayer llegué a Madrid; despues de tantos años de trabajos, sin fruto ninguno. —Mi último duro lo he gastado en el camino de Cádiz a Madrid... Tú no puedes menos de compadecerte de tu primo... Préstame cuatro duros.
 —¿Cómo!... ¿Usted es mi primo, el que estaba en el Perú?
 —El mismo, querido Antonio. Supe por tu madre tus señas, y me vine corriendo. —Tú eres artista; yo soy buen chico, y no me abandonarás, ¡estoy seguro de ello! A ver si me buscas un empleo.

MODAS.

EL CASCABEL se ha empeñado en vestir con elegancia a todas sus lectoras; y, como ven, pone todos los medios para conseguirlo. Ahí van cuatro trajes, a cual mas mono y económicos, dispuestos por una señora que lo entiende.
 Traje de gró verde: lo bajo de la enagua se guarnece con una tira de terciopelo escocés, formando a intervalos muy próximos festones de punta aguda; esta tira tiene 10 centímetros de alto desde la punta del feston hasta el borde de la enagua. Una segunda tira, algo mas estrecha que la primera, colocada a 7 centímetros de aquella, forma también feston, pero de manera que sus ondas ó puntas se unan con las puntas de la primera Cuerpo montante, manga de codo, guarnecida como la enagua, cuello y mangas interiores de muselina lisa.
 Traje de alpaca blanco con salpicado de flores sueltas, bordadas a croché: en lo bajo de la enagua van puestos dos entredoses de guipur negro, chaqueta figaro con postillon, cruzando por delante una orilla sobre otra, pero dejando ver el chaleco de glasé blanco con botones del color de las flores del vestido: peinado de Erizen.
 Traje de calle: vestido de terciopelo color de moda, adornado de 5 entredoses negros de pasamanería. Cuerpo liso, con punta por delante, y por detrás manga entrecancha de codo, adornada en la boca-manga y hasta el codo por un entredos de pasamanería.
 Sombrero de crespon azul con vavolet de terciopelo blanco, bridas de glasé blanco y plumas blancas y azules, rostrillo blanco con lazadas de terciopelo azul.
 Traje de recibir: vestido de cachemira azul, con un volante de 5 centímetros de ancho al canto de la falda y 3 cintas de terciopelo de 3 centímetros de ancho, formando ondas poco pronunciadas a 6 centímetros del volante. Manga entrecancha, repitiéndose en ella el mismo adorno de la falda; cuello y mangas interiores de muselina moteada, peinado de bandós vueltos hacia arriba, edecilla de feipilla azul con lazadas de cinta de terciopelo azul.

ANUNCIO.

La autora del acertijo inserto en el número 8 de EL CASCABEL, nos remite el siguiente anuncio:
 «Doña Quintina Lopez de Dicastillo entregará las dos onzas de vellón y la cesta de camuesas a la persona que resuelva su acertijo, en la forma siguiente:
 La cesta de camuesas la tiene en su casa para quien quiera ir por ella, y las dos onzas de vellón las entregará también al mismo tiempo; pero si el interesado quiere esperar hasta el mes de Mayo, entonces las dará frescas, es decir, recién esquiladas, porque en aquella época es cuando les quita el vellón a sus ovejas.»
 Por lo contenido en este número.
 F. Perezagua.
 Editor responsable, D. Francisco Perezagua.
 Imprenta de Manuel Minuesa,
 calle de Juanelo, núm. 19.